

A. CAZORLA FERNÁNDEZ



JUGUETEOS.

CON UN PRÓLOGO DE

DON BONIFACIO GONZÁLEZ RUBIO



RIOSECO:
IMPRENTA DE ROBERTO BRIZUELA
1906.

134

F
860

F
360

SL
F-134

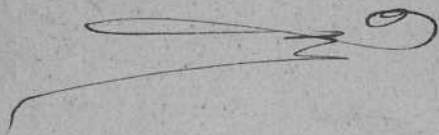
R. 29.911



Al erudito doctor en
medicina e incansable propaga-
dor de la ciencia fisiologica
D.^o Luis Panto respetuosamente

su discipulo

El autor



250
A. CAZORLA FERNÁNDEZ

JUQUETEOS.

CON UN PRÓLOGO DE

DON BONIFACIO GONZÁLEZ RUBIO



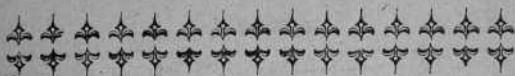
RIOSECO:
IMPRESA DE ROBERTO BRIZUELA
1906.

Dedicatoria

A....

*Objeto de mis deseos,
Como supremo ideal,
A tí, niña angelical,
Consagro estos JUGUETEOS.
De retóricos arreos
Huérfanos á mi entender,
Nunca podrán merecer
La pública estimación,
Y así, apelo al corazón
De quien me pueda entender.*





PRÓLOGO

Accediendo á instancias del joven autor de este libro, voy á poner mis manos pecadoras en su primera hoja, con el exclusivo objeto de complacer á quien tanto amor siente por las bellas letras.

Estamos, por desgracia, atravesando una época de verdadera perturbación ideal y social, y es muy consolador ver á jóvenes que, como Cazorla, procuran inspirarse en las sanas doctrinas, las que siendo asequibles á todos, constituyen solamente el patrimonio de las almas que sienten hondo, y no se dejan arrastrar por las frívolas corrientes modernistas, tan repletas de efectísmos insulsos y descocados, como faltas de sentido moral.

Por otra parte, el dios *egoismo* lo infor-

ma todo, y verdaderamente se precisa hoy un valor heroico para publicar libros que sólo han de leer aquellas personas á quienes el autor se los regale. Este fenómeno es producido por la pseudo-literatura periodística, que, atiborrada de insulseces é informaciones que producen asco, ha matado el libro, con menoscabo de inteligencias superiores que siempre hubo, y cuyo vuelo no se remonta ya por temor de tropezar sus alas con las de los inmundos murciélagos que vomitaron los antros de la pornografía, de la ciencia libertaria, de la indecencia ilustrada, de las postales del vicio, de la inmoralidad en todas sus fases.

Si esas son las manifestaciones de la tan decantada civilización modernista; si hoy para ser sabio al último cuño basta deletrear á diario el sangriento epigrama, el artículo doctrinal á vuela pluma, los noticiones y la información inflada de crímenes y otros excesos de la prensa periódica en general, hay que renegar de ese progreso, anatematizar esa prostitución espiritual y contentarse, para dulce compensación, con obritas,

aunque sean tan humildes y modestas como JUGUETEOS, que, si faltarlas puede atavío deslumbrante, al menos rebosan sinceridad y buena intención por todos sus poros.

No faltará quien diga, que JUGUETEOS tiene defectos; ¿qué obra humana estará exenta de ellos? Algunos de sus artículos pecarán de sencillos; esto no es mengua y sí un honor para el autor. Por ventura ¿no se ha propuesto *juguetear* un rato con su inteligencia, entreteniendo sus ocios de vacaciones en tan inocente y dulcísima ocupación?

Y todavía quiere el autor novel que yo le presente al público? No; la juventud se abre paso por sí sola; la natural simpatía que inspira un corazón joven y entusiasta de lo bello, es un escudo bastante fuerte que le pone á salvo de todo evento.

Cazorla, *jugueteando*, no pretende enseñar, y, sin embargo, enseña. El fin moral que avalora su primera obra le pondrá á cubierto de asechanzas envidiosas, y más que críticos que pretendan morderle, encontrará á su paso por la vida corazones

agradecidos á tan buenos consejos como derrama en su producción.

Si así no ocurriera desgraciadamente, Cazorla experimentará la satisfacción íntima del cumplimiento de un deber, y tanto peor para aquellos que, teniendo la inteligencia desorientada, tampoco encuentran su corazón dispuesto á admitir lo que no traiga el sello de la depravación.

Cazorla, pues, que ya ha ensayado sus fuerzas literarias como periodista en Valladolid, es un joven que promete mucho, por lo que le auguramos un brillante porvenir en la república de las letras; y como es estudioso é inteligente y procura beber en fuentes cristalinas, le saludamos como una esperanza de Castilla, en que tanta falta hacen jóvenes animosos y entusiastas de lo bueno, precisamente hoy, por el esfuerzo supremo y desesperado que muchos emplean para confundir el oro con la escoria.

Hoy hay, muchos *instruidos ineducados*, y vale más estar bien educados que mal instruidos, ya que no podamos conseguir que estén instruidos y educados á la vez.

BONIFACIO GONZÁLEZ RUBIO.

Rioseco Junio de 1906.







LA ESCARDA

Amanece un día espléndido, apenas el astro vivificador asoma sus rayos de oro, regando vida á mi tierra, pajaritos y flores, el pueblo empieza á dar señales de vida

Sus chimeneas humean, en sus hogares empieza á condimentarse el caldo del labriego, el silencio de las calles desaparece paulatinamente, por el rítmico tintineo, de las campanas de un vecino monasterio, por el aullar de los perros que corren y recorren la plazuela al verse libres del escaso recinto del corral de su dueño.

Á lo lejos óyese la canción de siempre; son mujeres, niños y ancianos, cargados de pequeñas azadas, y grandes morrales, canturreando la canción que alegra, y purifica sus corazones, haciendo el trabajo más llevadero; son los escardadores que caminan hacia oriente.

Otra vez la calle pueblerina toma aspecto silencioso, óyese únicamente el crujir de las puertas labradoras, el piafar de caballos, el característico ruido de uncir los bueyes.

Desde el vetusto balcón de mi casa solariega contemplo el horizonte limpio y hermoso, á lo lejos revolotean las *barbillas* persiguiendo á pequeños pajaritos que salen de sus guaridas, á saludar el nuevo día, cayendo algunos de ellos, entre sus grandes garras, para ser elemento de su existencia.

Dan las nueve, los labriegos acomodados salen en sus caballos á vigilar las cuadrillas de escardadores.

El sol, con sus ardientes rayos sobre el terruño, hace que la ruda faena de la escarda, sea más penosa.

Salgo de casa bajo un quitasól, y me dirijo á la cuadrilla primera, hombres, mujeres, y niños, con sus cuerpos encorvados avanzan acompasadamente, arrancando de las entrañas de la tierra el fruto intruso; los cardos.

Sus cuerpos se asemejan al astuto conejo metido entre densos matorrales.

Dan las doce, el tintineo de las campanas anuncia á los trabajadores la hora de descanso.

Sobre su rostro quemado por los rayos solares, se deslizan gotículas de sudor, cual perlas y brillantes que se destacan sobre fondo negro.

Encima de un montón de maleza, se sientan en derredor, á saborear un trozo de pan negro, y un pedazo de tocino humeado, único alimento que toman para reponer sus fuerzas perdidas por tan rudo trabajo, esta operación dura escasos minutos, dedicando el resto del descanso á dormir sobre el humilde cesped.

En su rostro se destaca la felicidad deslumbradora, la sonrisa de sus labios trasluce un fiel pensamiento, el de llevar con el sudor derramado por su frente el alimento á sus hijos, padres, y abuelos.

El guardián de turno anuncia á sus compañeros la hora de renovar las tareas, en sus rostros se nota gran avidez al traba-

jo, que empieza canturreando la siguiente copla:

El campo es mi vida,
la escarda mi pasión,
el pan de cada día
es mi mayor ilusión.

Yo, desde lejos admiro á estos pobres labriegos que cifran su felicidad en el trabajo.

La tarde declina, me alejo de la cuadrilla; á los pocos pasos el toque de la oración trae consigo á los trabajadores.

Su alegría es la misma que al amanecer, la calle pueblerina vuelve á dar señales de vida; las chimeneas humean, en sus clásicos hogares empieza á codimentarse la cena del labriego.

Viene la noche reina completo silencio.

Yo desde mi vetusto balcón admiro el horizonte, en mi pecho estalla un pensamiento de envidia, pensando en la felicidad del pobre labriego.



MADRE É HIJA

Son las vecinas de enfrente; una es morena de pelo negro y canoso, frente deprimida y pómulos salientes; la otra es blanca con pelo rubio y finísimo, ancha frente y facciones correctas, son madre é hija; son dos seres en continua discordancia.

Desde mi balcón donde paso algunos ratos á la caída de la tarde, oigo sus continuas protestas del modo de vivir que tienen.

La madre constantemente amonesta á la joven de dieciseis abriles alegre y vivarachita, que sólo piensa en su perfumado tocador, y en arreglarse sus rizados bucles con blancas flores, sin ocuparse de la autora de sus días á la cual contesta bruscamente, yo he calificado ya á mi joven vecina, es una niña educada á la moderna, está solo acostumbrada á disfrutar de las comodidades del gran mundo, ella se ha fijado en el

capital de las hijas de X. constantes figurines parisienses.

Ella desde la primera etapa de su existencia ha disfrutado de odoríferos y refrescantes perfumes, y ha visto escenas que la han hecho forjar en su imaginación un mundo de mentida alegría.

Al venir al pueblo después de haber pasado tres años en el Instituto Francés, creía la joven que sus ocupaciones en el terruño iban á ser las mismas, constante retoque para presentarse en visita, y oír aquellos conciertos que la alocaban el alma.

Pronto el cambio de vida hizo de la joven un ser intransigente, las escenas monótonas de su casa no podía soportarlas, dedicábase todo el día á estar en el tocador admirando su belleza.

Entre madre é hija estalló la discordancia inevitable, la hija no podía tolerar las represiones de su madre, y la madre lamentábase del modo de vivir de su hija.

Aquí teneis lectores, una casa llena de hermosas flores y espesas enredaderas que derraman alegría y en ella, sus habitantes se lamentan de una continúa desgracia.

Madres que teneis hijos no cubra vuestros ojos la venda de la vanidad al llevarles á educar á la moderna, esto es, ficticiamente, deparándoles grandes comodidades; procurad más bien que su educación sea conforme á los medios de que dispongais, para evitar que vuestro domicilio sea un campo de disgustos y sinsabores.



EL TIO COLÁS

El río Sequillo parecía tranquilo soñaliento en su lecho lleno de juncales, sobre los cuales sus aguas se mecían, como voluptuosa castellana en riquísimos encajes de su blanca cama.

La luna enviábale sus rayos de plata, dando una brillantez suma al cristalino líquido.

Desde el rayano prado descendían las ovejas á apagar su sed al riachuelo; prorrumpiendo en validos de impaciencia al notar la ausencia de su tierno corderillo.

Á una de las orillas veíase al viejo pastor de color trigueño y largas melenas, que descansaba sobre su cayada; su atención estaba reconcentrada en el suave correr de las aguas con las que parecía dialogava.

El supuesto diálogo fué interrumpido por los gañanes de las rayanas eras que

acudían en derredor del *tío Colás* para que les contara la prometida historia.

El viejo pastor cede, relatando aquellos gallardos gañanes el suceso que le arranca el corazón.

Con voz trémula y entrecortada por largos suspiros empieza á narrarles una escena de su vida.

Era una tarde de Marzo, recio viento azotaba los arboles de la frondosa alameda de allá arriba, en la pradera pacían mis ovejas, el ganado pequeño siempre juguetón había entrado en un inmediato sembrado; con más ligereza que un corzo corrí detras de los corderillos y echéles hacia el rebaño.

Esta operación dura pocos minutos; el cielo empieza á cubrirse de grandes y negruzcos nubarrones; gotas gruesas de agua anunciaron la tormenta, en previsión de alguna tascarada de la naturaleza encerré el ganado en el corral provisional destinado á majada; dirigiéndome después á mi vieja cabaña para librarme de las furias naturales. Según iba acercándome el aire traía

consigo el lloriqueo de una pequeña criatura, parecíame un sueño, en cambio según iba avanzando su llanto era más perceptible.

Momento feliz, entre un surco cercano á mi rebaño se movía un bulto blanco como la nieve; era un pequeñuelo rubio, de finísima melena, que lloraba aterido de frío ¡Cuál sería mi sorpresa! ¡Parece que le estoy cogiendo á aquél precioso ser envuelto entre finos pañales!

Le tomo en brazos y le examino minuciosamente, sobre su delicado y pequeñísimo cuello suspendía un hilo que aprisionaba un papel con grandes borrarajos, el cual quería devorar con la vista para deletrear su escrito. ¡Cuánto sufrí en aquellos momentos por no saber leer!

Loco, confuso, impaciente, voy á la ciudad entregándosele á mi mujer y diciéndola te regalo á este nuevo ser que será nuestro hijo, que hará feliz nuestra vejez.

Después corrí hacia la casa del señor cura para que me deletreara aquellas líneas que habían sembrado honda impresión en mi corazón.

Ya vereis ahora lo que decia el papel: «Este pequeño ser le abandono al amparo del honrado campesino que le encuentre; mi alta posición y títulos de un gran abolengo me obligan á rechazar á este niño que podia comprometerme. Sus sacrificios serán con el tiempo recompensados.»

Al terminar la lectura la sangre se me agolpó á la cabeza, y un raudal de lágrimas súbitamente acudió á mis ojos; era la primera vez que lloraba después de perder á mi padre.

Tal acción llenóme de cólera al ver el corazón de acero de los autores de aquel ser, que se desprendian del fruto de sus amores por el qué dirán y por un abolengo palabra que me descifró el señor cura.

Para aquellos dos mónstruos entregados á la libertad, no habia existido ningún miramiento social y en el momento de ver el fruto de su libertinaje cometen el acto más repugnante de la vida, desprendiéndose de aquella inocente criatura para que tal vez fuera pasto de las aves de rapiña, ó víctima del intenso frio del airoso mes de Marzo.



Mil ideas en estos momentos borrascosos acuden á mi imaginación, multitud de medios acepto para hacer pública tal acción.

Pasada la borrasca que produjeron aquellas líneas en mi imaginación, mi fiel compañera y yo nos dedicamos en cuerpo y alma á prodigar cuidados á aquella pobre criatura la cual vimos crecer, y medrar con gran ilusión.

Sus primeros pasos y charloteos llenaron de felicidad mi pobre casa, no recuerdo momentos de mayor dicha.

Pasaron cinco años, mis pequeños ahorros les dediqué para trajear al pequeñuelo Jesús y para que aprendiera á deletrear, el cual según el maestro era *abierto de cabeza*.

Mi felicidad era completa al considerarme protector de aquel campesino.

El pobre *tío Colás* sufría de una manera indescriptible, dos gruesas lágrimas se deslizan por sus tostadas mejillas al terminar la historia.

Todo fué ilusión queridos gañanes, una de las tardes que mi querido Jesús salía de la escuela, fué cojido por un señor y llevado

do allá muy lejos, sin darle el último beso a aquel ser que se había hecho dueño de mi corazón.

Desde aquel día para mi, para el *tío Colás* todo ha sido tristeza y melancolía.

Perdida mi ilusión, únicamente aspiro estar en el campo con estos animales; que si bien están desprovistos de inteligencia, superan á esos señorones en agradecimiento y amor; á esos del abolengo que miran en ocasiones ese respeto humano del que dirán.

Los gañanes se despiden del viejo pastor dejándole sumido en un abismo de amarguras. Ellos con profundo pesar no articulan palabra, únicamente en su pecho germinaban pensamientos para bendecir el gran corazón del *tío Colás*.



MI ILUSIÓN

Es una mujer alta, rubia, de ojos castaños serenos, boca de grana, donde están implantados pequeñísimos dientes blancos, rostro expresivo, es la mujer más típica de mi terruño.

A su lado paso los ratos más felices de mi existencia, tiene gran corazón, agudeza en el pensar, grandeza de espíritu. ¿Y, cómo nó? Si es castellana castiza.

No es hipócrita como hay muchas, tiene fé, pero fé verdadera, reza cuando se lo dicta su conciencia, nunca cae en ese respeto humano del qué dirán.

Posee afición á las bellas artes, predominando en ella el amor á la pintura; siendo su peculiar los trabajos domésticos.

Yo no la adoro por ser muy bella. La quiero por ser grande en el pensar, prudente al resolver y pronta en el transigir;

la quiero por ser su alma como la mía, la quiero por que pensamos al unísono, ella sufre cuando yo sufro, llora cuando yo lloro; es el ideal de la mujer forjado en mis ensueños.

El aposento destinado para nuestros cortos idilios, es vetusto, ancho, blanco, rodea una pequeña ventana, una piedra tallada en cuadrilátero, fuerte contra cualquier golpe como ella en el amar, barras gruesas de hierro mantienen un ancho arco, tan firme como ella en el querer.

Descuellan por la parte posterior de su casa solariega dos grandes álamos, que los hemos visto crecer a impulsos de nuestro amor; por dentro de la ventana serpentean dos hermosas yedras constantes testigos de nuestros juramentos, un cristalino arroyo á lo lejos rie al vernos tan dichosos, y dos enamorados pardalones han construido su nido en el alero del tejado, al contemplarnos tan felices.

Es la estrecha ventana la más floreciente de mi pueblo, allí todo es alegría y belleza, hasta la vegetación se muestra complaciente con nuestros amores.

Nos queremos entrañablemente, por nosotros no han pasado aun chubascos de discordia; nuestros actos son siempre los mismos; constante trabajo y mucho amor.

Nuestras voluntades son de acero, nuestros corazones están entrelazados por la más risueña esperanza, y álamos, yedras, y aguas cristalinas susurran el canto idílico de nuestros amores, convidándonos tal vez á fabricar el nido de nuestra ilusión para convertirla en hermosa y perdurable realidad.



LA ARADA

Apenas el astro de plata deja de alumbrar mi cortijo, mis cuatro buenos mozos, robustos, de ancha frente y ojos negros, empiezan en mi cuadriña á poner los collerones á las mulas; es la operación preliminar de la arada.

Cuando el sol empieza acariciar con sus rayos el alar de mi tejado, mis mozos canturreando alegremente y gallardos sobre el ganado, se dirigen al campo; son siempre los primeros en romper el silencio de mi terruño.

El mastin delante de los pares aulla alegremente, al verse en completa libertad.

El acompasado caminar de las cuadriñas de gañanes y sus típicos cantares, dan á la mañana de octubre, un aspecto de completa alegría.

Ya llegan á la tierra, sedientos de trabajo la surquean con gran habilidad, dan la primera vuelta antes del primer descanso

Con el corte afilado del arado, remueven las entrañas de la tierra, mil raicillas donde tienen su asiento son destruidas, sucesivas capas de terruño van viendo la luz solar.

En uno de los surcos un corpulento rosal ha hechado profundas raices, á pesar de las vueltas y revueltas no se estirpa por completo su existencia.

La fortaleza de esta planta no les causa ninguna impresión á mis mozos.

Yo, aprovecho el descanso de los asíduos aradores; que sobre densos y frescos juncales duermen felizmente, para hacerme ligeras reflexiones.

Comparo su fortaleza para el trabajo con lo arraigado de la planta.

Ellos á pesar de su constante trabajo no cesan ni un momento á la vuelta del arado, cual la planta al terruño, acortan sus energías, pero ellos tornan á reponerlas, ellos se alegran al ver avanzar la arada, cual la

planta alegre mi tierra con sus flores encarnadas, ellos durante la siesta rebosan de placer, cual la planta de sabia y perfume merced á los beneficios naturales.

Estas refiesiones las pone término mi mastin, acostumbrado anunciar con sus suaves aullidos, la hora de trabajo á mis honrados labriegos.

Pasa media hora, el cielo se encapota, la campiña toma un tinte negruzco, las avecillas que alegremente revoloteaban buscan sus guaridas, gotas gruesas de agua anuncian la tormenta.

Mis mozos dejan el arado, la vuelta á la cuadriña les apletoriza; en su pecho sienten la tormenta de dejar el campo; por el contrario de los hombres *metalizados*, que encuentran su dicha en esos círculos llenos de alagadores comforts, que les prohíben disfrutar de las sublimes bellezas que les presenta la naturaleza.

Yo les bendigo, dichosos ellos que poseen una belleza purísima y blanca como los copos de nieve, felices ellos que como murmuradores de sus actos, tienen un le-

jano plantío, cantos de avecillas y una fuente cristalina.

La tormenta arrecia, nuestro paso es más ligero, todos tenemos los mismos pesares de no haber disfrutado por más tiempo la brisa perfumada de la campiña.



CARNAYAL

Los tunos, el confetti, los escaparates de los comercios, exponiendo al público los antifaces de diversas figuras y tamaños, anuncian el carnaval etapa de tiempo bullanguero en el cual el ciudadano alegre, bajo un traje más ó menos grotesco y con un antifáz ridículo, se dedica á dar rienda suelta bien á sus hábitos ó bien aprovechando el disfraz, recurso vil para tomar parte en algún asunto incapaz de ventilarlo con la cara descubierta.

Así tiene que ser, por que los enmascarados, por regla general, suelen ser los degenerados de las capitales, poblaciones y pueblos.

Estos se convierten en una figura pedantesca, dedicándose á dar la «lata» á los habitantes pacíficos que cruzan la vía pública por necesidad.

Época fatal para la humanidad, mirada desde cualquier punto de vista, antehigiénico, por que el enmascarado únicamente respira el anhídrido carbónico eliminado por sus pulmones; época germinadora de pulmonías, factora principal de la *miopía* monetaria y lo más grave aun, medio adecuado para perder la vergüenza.

Ese antifáz hace que la juventud traspase los límites de la prudencia convirtiéndose en cualquier cosa menos en persona en muchos casos.

Época de la faca, de escándalos, desgracias y mortalidad; época que lleva consigo esa vida dulcísima de la juventud quedando al individuo marcado en su rostro la etapa de los disdichados carnavales.



HUÉRFANO

A mi queridísimo tío

D. Alfredo Cazorla Bernó.

Empezaba á soltarse andar; de su garganta salían los monosílabos *ma* y *pa* cuando la justicia del Ser Todopoderoso le privó de su madre; el pequeño, alegre y juguetón, no conocía lo terrible de su desgracia.

Mientras el cadáver de la autora de sus días era llevado en un negro féretro que helaba la sangre de todos los que presenciaban la comitiva, el niño saltando de un sitio á otro, pronunciaba el monosílabo *ma*; era un cuadro que llenaba el corazón de nostálgicas amarguras; oír llamar á aquella inocente criatura á la mujer que le había tenido en su seno.

Sus primeros charloteos se confundían con el lúgubre tocar á muerto de la rayana

iglesia y por el conmovedor cántico de los sacerdotes, que se perdía paulatinamente según iba alejándose el féretro camino del cementerio.

.....

Pasaron cinco años; al amanecer de un día de abril su padre lanzaba al espacio el postrer suspiro; sus últimas palabras fueron para bendecir á su querido hijo.

He aquí un ser que al dar el primer paso por esta escabrosa existencia encuentra el mayor de los abismos.

Aurelio crecía, en su tierno corazón no podía germinar ese sublime amor hacia los padres, ese profundo respeto á sus autores, y ese rincón de tierna madre donde depositar todas sus tristezas y alegrías.

Yo seguía sus pasos por esta tierruca con gran ilusión. ¿Y cómo nó? Si era el ser que remedaba toda mi existencia, víctima de la justicia de Dios. Él como yo, no habíamos tenido la dicha de llamar á nuestra madre, la incomparable felicidad de acariciarla, el profundo respeto de besarla, y el placer indescriptible de dormir sobre su regazo.

Él como yo admiraría á su madre en un tosco papel blanco, debido á la mano de un artista, papel que le hará sufrir y llorar, papel que hará imperecedera aquella figura sin expresión en su corazón, papel que le hará bendecir mil y mil veces al pobre artista.

Cuántas veces sus inocentes juguetes me hacían llorar, pensando en el día que el niño se hiciera hombre y considerara su suprema desgracia! su presencia era para mí un continuo sufrimiento, en cambio me agradaba el verle, él recordaba mi niñez y tal vez sus mismos entretenimientos.

El huérfano llegó á los catorce años; él era bueno, mas sus convecinos le atribuían actos que le hacían cambiar su manera de ser, él quizás por su corta edad oía las censuras con completa indiferencia, y así tenía que ser; su gran corazón que ya había sentido los efectos de su desventura, se había conformado con la voluntad de Dios. ¿Como podía producir en su corazón ninguna sensación la despreciada calumnia? Yo, que seguía sus actos con gran avidez estudié

toda su existencia; vi que era un completo luchar por su ideal, por el amor y por contrarrestar las continuas murmuraciones de sus actos.

Tenia sus locuras como la mayor parte de la juventud, pero en él se admiraba una voluntad de acero, la de saberse sobreponer á sus actos sin miramiento social.

Él cuando la vida le ofrecía alegrías y placeres, habíase formado juicio exacto de las cosas; él sabía amar como el más tierno amante, él empezaba á trabajar sin nadie haberle amonestado, él se había hecho hombre sin haberse dado cuenta.

Desde su pronta evolución era mi mejor amigo, los dos compartíamos nuestras tristezas y alegrías, estas en su mayor parte ficticias, efecto de la suprema carga que soportábamos en esta triste existencia.

Era pensador profundo, recuerdo un pensamiento que tuvo una de las tardes que íbamos de paseo.

Estábamos en el mes de Julio, la tarde declinaba, paseábamos por el campo, una cuadrilla de segadores llamó nuestra atención dirigiéndonos á la próxima tierra.

Era un hermoso cebadal donde toda una familia se dedicaba á la penosa faena de la siega; en una de las morenas de la tostada mies, descansaba un pequeño niño que dormitaba á la sombra de la provisional tienda de campaña.

De pronto prorrumpe el pequeñuelo en copioso llanto, la madre con suma destreza coje al pequeñuelo colmándole de caricias y besos.

Esta escena produce á Aurelio una profunda sensación; los dos caminamos largo rato sin pronunciar palabra, pensamos al unísono, nos lamentamos por millonésima vez de la pérdida de nuestros padres.

En un momento de verdadera inspiración Aurelio rompe el silencio y me dice, ahora y cada minuto que pasa me aburre más la existencia, esta constante cadena de amarguras. ¡Oh! cuándo Dios tendrá compasión de mi y me acortará esta triste vida, para poder ver y alegrarme delante de mi madre?

Era la primera vez que no se conformaba con la voluntad del sumo Hacedor, su

falta seria perdonable, el loco amor le transformaba su cerebro; su continua pesadilla se habia convertido en hambriento león que desgarraba su corazón al contemplar aquella escena entre madre é hijo que por todos sus poros destilaban profundo amor.

El padre y la madre es la dicha sin límites, dinero, alegrías y comodidades es el bien estar material, objetos de valor determinado, el valor de los autores de nuestros días es el exclusivo valor, su pérdida contribuye á la ruina del corazón, como causa consiguiente la desgracia inevitable que no puede apreciarse no habiendo sufrido sus tormentosos efectos.



DE PASEO

AL FECUNDO POETA

JOSÉ SAMANIEGO.

Era una tarde de Mayo, el sol, oculto entre densos nubarrones, da al campo un aspecto triste y melancólico.

El sepulcral silencio de la ladera, era á intervalos interrumpido por el ruido del centeno, al cimbrarse á impulsos del viento, por el suave correr del agua de un arroyo cristalino, por el rumiarse de tiernas ovejas, que pastan en el inmediato valle y por el trino de varias avejillas que hacen bellissimo el paisaje.

Por entre zarzas y zarzales, caminamos un viejo provinciano, un pedagogo y yo, amigos de la soledad de la campiña.

La vista de un vivero, destinado á la

cria de árboles, da asunto al pedagogo caracterizado por espíritu de observación, para compararme á tiernos árboles, con los niños, sus antiguas teorías para el medio educativo producen en mí, el fenómeno de la hilaridad. Termina su discurso.

Caminamos los tres, sin darnos cuenta de nosotros mismos, como individuos que carecen de voluntad, yo á ratos me fijo en la voluptuosidad de la vejetación.

El provinciano rompe nuestro sepulcral silencio, háblame por primera vez de algo útil, háblame del dinero, dícame que qué concepto tengo de este rey indispensable para la existencia.

Le contesto, diciendo que todos los individuos que poblamos el globo terráqueo, vivimos con la aspiración de amontonar un puñado de monedas para nuestros sucesores, con el objeto de que disfruten de alguna comodidad relativa.

Él, no está conforme con mis teorías, cree el pobre provinciano que los artistas, músicos y poetas trabajan única y exclusivamente por la gloria, pensamiento noble,

y en la realidad forjado por la idea que de ellos tienen mis acompañantes.

Los creen raros, sobre naturales, los creen sin la idea del bien estar propio y de su familia.

Me cuesta trabajo destruir el pensamiento que tiene de esos seres; á la vez les cito casos de poetas, músicos y pintores, que aspiran más amontonar la moneda, y desprecian la gloria.

Un ejemplo convence al pedagogo.

El estreno de una obra dramática, no solo está en la dicha de la gloria, sino en la satisfacción en el caso de éxito, de ver su obra *rezando* en el cartel por dos ó tres semanas.

Una vez el éxito franco, solo piensa el autor, en exigir á las empresas el mayor número de representaciones; ¿conqué objeto?

Puro positivismo, para que la utilidad sea todo lo lucrativa posible, no se acuerdan de que con la belleza de su obra y de sus doctrinas podían reportar á la humanidad algún beneficio.

Termino diciéndoles, que la actual sociedad, está compuesta de seres comparados con las máquinas de acuñar dinero.

La tarde declina, al regreso de nuestro paseo, nuestras almas se encuentran apletorizadas de la belleza del campo.

La entrada en la población vuelve á recordarme nuestro entretenido diálogo, el primer paso por ella, es para demostrar al viejo provinciano prácticamente mi opinión

En una elegante berlina tirada por hermoso caballo, descansaba un joven alto, demacrado, en su rostro se dibujan los estragos de una juventud desordenada, su indumentaria nos dió á conocer á un hombre *metalizado*; á su paso caminaba un anciano, con cabellera de plata, rostro sonrosado, mirada altiva, frente despejada y rugosa, síntomas de muchos años é incansable trabajo.

Estos dos seres al pedagogo le dan motivo para un nuevo discurso.

Llega la noche, nos despedimos hasta mañana para disfrutar del campo donde nos veamos libres de los estragos y calamidades que produce el deseado capital.

Primavera.

Pasó el invierno con su triste aspecto.

Igual que se suceden los años en esta vida monótona, dejándonos á su paso huellas y recuerdos de lo pasado, así el invierno ha desfilado acompañado de hielos, miserias y vientos.

Estamos en la primavera; vuelve á renacer la alegría en el campo; los pétalos de las flores empiezan á brotar dando aspecto maravilloso al paisaje, acompañado de un perfume que nos encanta.

Los árboles enchidos de sabia comienzan á desarrollar sus brotes y sus variadas flores.

Toda la naturaleza parece que nos brinda á regocijarnos ante el bello panorama que nos presenta.

Los pajarillos con sus variados cánticos alegran los paseos, á la vez que empie-

zan á construir sus guaridas para dar lugar á nuevos seres.

La juventud llena de alegría, puebla los paseos dando animación y movimiento á la población.

Época de alegría y encanto; época engalanada que todo lo presenta de color de rosa.

Esta es la primavera con su temperatura suave; sus dias más risueños y más largos, produciendo en nuestros organismos actividad y energía extraordinarias.

En resumen todo es más bello en esta estación encantadora, engendradora de nuevas plantas y seres, todo en ella parece ser ideal, bello, sublime, más hay algo que no contribuye á esta privilegiada estación, este algo es la actual humanidad apática, cerrada en círculo mezquino, brillante en lujo y vanidad atrofiando sus corazones para que no den flores de piedad é ideas de caridad.

Salid almas de esos cuerpos inertes para hacer el bien; reformaros vosotros desgraciados, para que esta estación primaveral sea embriagadora de toda clase de felicidad

Mi Vecino.

(SEMBLANZA)

Es un señor ni alto ni bajo, tez morena, barba poblada y negra, ojos grandes y negros; sus miradas son siempre para estudiar los seres y objetos que le rodean.

Conoce el gran mundo, y á la sociedad en general, tiene de ella un juicio exactísimo; y todos los actos humanos exteriores parece que los tamiza en los cristales de sus quevedos antes de mandarlos al cerebro.

Es el amante mas sincero de la poesia; tiene un sin fin de escritos, muchos de ellos premiados en diversos juegos florales, es un escritor profundo y castizo.

Es sumamente modesto, sus poesias podian existir con otro carácter mas abierto en muchas librerias, gústale la juventud á la cual consagra toda su existencia esmerándose en la educación y dirección de sus

hermosos cerebros, él incúlcales ideas santas y redentoras, tiene paciencia de santo, lleva las luchas de la existencia con profunda resignación cristiana, considerándose en todos los momentos el ser más feliz de la tierra.

Su don natural es el consejo, y siempre aconseja bien.

Él me proporciona los ratos más felices de mi vida, él léeme las obras de autores clásicos, artículos de jóvenes periodistas estudiosos.

Aborrece la novela en general, más bien la teme.

Su espíritu de observación fíjase en mi rostro al ver la impresión que ha producido nuestra saboreada lectura.

El quiere que le de mi juicio sobre los escritos que hemos leído, él conoce ya mi gusto, diciéndome lo más bello para mi, y así tenía que ser, pues de su espíritu delicado, continuamente recojo impresiones que fortifican el mio.

Sus teorías son las mías, su ideal el mio, bello y sublime cual ninguno, vestido del

ropaje encantador de los cielos, suprema aspiración del hombre.

Este ser querido y constantemente por mi admirado es mi vecino.



EN EL PRADO

A MI MEJOR AMIGO

Don Juan Antonio Galvarriato.

Mi paseo redúcese siempre á lo mismo; cuando declina la tarde me dirijo al prado á admirar mis vacas, mis tiernos terneros, y á mi pequeño vaquero.

Era una tarde de Junio, el campo brillante con sus espigas de oro, daba al verdor de mi pradera un contraste singular.

Al lado de mi vieja cabaña, descansaba el vaquerillo alegre y risueño, jugueteando con el pequeño «Cascabel».

Es su compañero asíduo el perro de orejas grandes, pelo negro y larga cola; el evita al pequeño vaquerillo de correr tras los terneros que traspasan los límites de mi verdosa pradera acercándose después al joven tierno, de cabellera rubia, tez de color

tefrómelo y grandes ojos azules; son dos compañeros que se quieren entrañablemente.

Mis vaquiñas pastan alegremente, á ratos un cariñoso mugido trae al juguétón ternerillo, el cual meneando la cola alegremente estruja la ubre, sacando la leche que se iba á derramar de pura abundancia.

La vaca le mira alegremente, con la babilla que destila por la boca cual tenues hilos acerados lame al ternerillo hasta que su pelo brilla; un lijero movimiento de la vaca hace desprender al ternero el jugoso manjar; este torna á correr juguetonamente al lado de sus compañeros.

Es cuadro que llena al alma de sublime ideal, todo rie, todos los seres que habitan mi pradera son felices.

Llega la noche, los sendos aullidos de los lobos en la vecina sierra, anuncian á aquellos seres la próxima retirada al pueblo.

Mi vaquerillo cargado de la morrala y cayada balbucea no se que frases que mis vaquiñas entienden perfectamente; todos empiezan á caminar para la cuadriña; el

leal «Cascabel» no se separa ni un momento de su amo, siempre está prevenido para alguna tarascada del manso ganado.

Durante el trayecto todos caminan felices, yo soy el único egoísta como la mayor parte de los seres humanos que no me satisface por completo la solitaria vida de la campiña.

Deseo algo más; mi loca imaginación tiene otras aspiraciones, desea vida de capital, vida burguesa, y de más boato.

¿Para qué?

Para ser más feliz, rodeado de grandes señorones apoflegmáticos y endebles respirando la atmósfera de suntuoso café, concurrir á grandes teatros, vivir en completa holganza y pura farsantería.

Tengo verdaderos momentos de constante lucha, quiero vender mis vaquiñas, despedir al pobre vaquerillo; quitándole la felicidad de su campiña, y acortándole la existencia, con negarle el pan de cada día.

Pasa el momento borrascoso al percibir intensos apellidos de mi pequeño que corre alegremente hacia mí, como el tierno ternero cuando muge la vaca.

¡Qué ardicia tan estraña en mí!

Dejar á estos tiernos seres, por los grandes señorones, respirar la admósfera de mi campiña, saturada de delicados aromas, por la infernal del café, concurrir á esos grandes teatros que repudren las almas con escenas maleadas, por el inocente jugueteo de mis ternerrillos.

La sencillez de mis campesinos, por la farsantería de los ciudadanos, sus inocentes corazones inclinados á la bondad, por corazones empedernidos é inclinados al vicio.

Ha sido un momento de verdadera aporía enjendrado por la *loca de la casa*.

Mi loco y profundo amor en este momento es mas grande, hacia mi reducida vida pueblerina, alejado por completo de ese gran mundo convencionalista, y de esos seres que no tienen idea de la vida, ni han experimentado una simple emoción de las escenas del campo.



UN RATO FELIZ

Al erudito disector

DON MARIANO SÁNCHEZ.

Era una mañana de Junio un sol sobracero caldeaba ya las estrechas calles de mi aldea.

Apenas habia dado unos pasos por una de aquellas, la más céntrica encuéntrome con un antiguo compañero, el depende de una intensa nostalgia, lamentase de no poder estar en la capital.

¿Mados con que objeto?

Con el de dedicarse mas ampliamente a la literatura de la cual es fiel erótico; él lamentase de la escasez de medios que disfruta en su pueblo para poder admirar sus infinitas bellezas, él echa de menos aquellas constantes tertulias de jóvenes precoces

donde se leían los trabajos de los noveles literatos.

A él le falta algo, ese algo es la franqueza de aquellos fieles compañeros; que le hacían pasar los ratos mas felices.

Yo, no estoy conforme con sus teorías, dígole, qué medios tiene en este pedazo de terruño para disfrutar de las bellezas de la literatura.

Tenemos un momento de discusión, convénceme con un solo argumento, dice que todos con quienes á hablado se creen críticos; él en cambio les ha calificado de lurios.

Cruzamos por la calle sin ninguna dirección, él íbame narrando algunos paisajes de un libro de Pereda, dice que es uno de los escritores predilectos, le admira por la profundidad de su pensamiento y en la narración.

¿Y de Rubén Dario que me dices?

No quiero ser uno de esos alurios que nos rodean, lo único que puedo decirte es que me parece demasiado modernista; tu le juzgarás al leer las siguientes líneas,

titula el autor argentino á la composición.

«Salutación del optimista».

Leemos la composición y he aquí una parte de ella puro modernismo algo raro.

P lidas indolencias, desconfianzas fatales que á tumba
Ó á perpétuo presidio, condenastels al noble entusiasmo,
Ya vereis al salir del sol en su triunfo de liras.
Mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos

¿Qué te parece?

Pues que estoy deseando le ver esa salida tan original del sol entre un triunfo de liras que supongo será bailando sevillanas y vales etc. etc.

Acordamos que Rubén Darío es un buen escritor pero sus modernismos se leerán con más gusto una vez pasada la tabona.

Dejando al modernista, mi compañero invítame á ir á su casa, prométeme una grata sorpresa, yo cedo.

Entramos en un cuarto macro y estrecho, en sus paredes se destacan marinas y paisajes.

En una de las paredes laterales se ve una ancha y artística librería repleta de libros de infinidad de autores.

Entre ellos hay uno de pastas verdes de

un distinguido literato francés que se titula «Los caminos de la vida».

Évat el juicio que el literato francés tiene de los círculos; dice que el mayor beneficio que reportan es olvidar á la nana y demás familia.

Nosotros pensamos macro rato, al fin coincidimos en su opinión, en estos círculos existe todo el confort que uno apetece; suntuosos y elegantes muebles le incitan á uno á permanecer cerca de ellos mas tiempo del ordinario; y otros mil y mil alicientes que existen, asi que no cabe dudar que el autor califique á los círculos como despensas repletas de manjares sin llave, donde continuamente es visitada por individuos hambrientos.

Terminamos la entrevista poniéndonos de acuerdo con el autor de «Los caminos de la vida».

Él con su doctrina llena de buena intención y moral, nos ha hecho despreciar esos placeres superficiales, que regalan penosos cargos de conciencia al individuo durante el transcurso de su vida.

Á ORILLAS DEL RIO

Acabo de cenar, es una noche deliciosa, una brisa fresca y serena fortalece mi cerebro, llevaba cinco horas de constante trabajo, me habia fatigado bastante y deseaba dar campo libre y estenso á la imaginación.

Hoy altero el orden de mi itinerario, hoy decídome á pasear junto al rio.

Es el paisaje mas agradable que ha recogido mi vista y el que mas ha impresionado mi alma.

A los lados del riachuelo se destacan dos grandes fábricas, rodeadas de frondosos árboles y plantas que saturan la atmósfera de suave aroma, en ellas se oye el alegre canturreo de los molineros, confundido por el sonoro caer del agua por debajo de la arqueta, por el constante gorgojeo de las ranas y culebras, y por el beso de las hojas

de los árboles al rozarse á impulsos de suave viento.

El riachuelo limpio y sereno, estrecha pequeñísimas olas en una rampa; una pequeña lancha avanza acompasadamente á beneficio de la corriente.

Á lo lejos entre grandes sombras se percibe el destello de un foco luminoso.

Camino breve rato constantemente impresionado de la variedad del paisaje, hasta la luna llena jugueteaba entre los grandes álamos, escondiendo y volviendo á aparecer á ratos su hermoso disco de plata; á los pocos instantes llego á percibir claramente el foco luminoso que cubre una frondosa macolla, en ella destacanse un pequeño farol y un hombre más viejo que joven, de gran musculatura y pequeña cabeza; su cuerpo estaba cubierto por una larga tuina, le doy las buenas noches y acto seguido entablamos un corto diálogo.

Pregúntole quien és; dice que el caminero de la sirga y que se dedica á pescar unos peces para contribuir al sostén de su familia compuesta de un abuelo, nana y

cinco hijos, su rostro marca haber pasado infinidad de rades de ortoya.

Siéntome á su lado, á los pocos momentos unos lijeros círculos concéntricos márcanse en el cristalino agua, él con suma agilidad tira de una larga y fina caña, de la cual suspendía un pequeño rainal en su extremo inferior coleaba un hermoso pez deseoso de recobrar su libertad y continuar su existencia.

Más es inútil, cae prisionero entre las manos de aquel hombre que alegremente le arroja á un pequeño tucó de la vecina tierra donde ya tenia varios pececillos.

Una vez complacida mi curiosidad me despido del trabajador; dirigiéndome á la población iluminada por una hermosa luna.

A mi regreso todo es más bello, la hermosa noche de niraña desprende poesia por todos sus poros; los molineros, peces y caminero luchando siempre por la existencia, han fortalecido mi imaginación para el trabajo despertando en mi corazón un constante deseo de luchar por el.

Llego á la población; un profundo si-

lencio dando mas majestuosidad á la serena y cálida noche.

Camino breve rato por la calle mas ancha de la población; el silencio es interrumpido por unas tarreñas hábilmente manejadas por un jóven que en un cercano socoth apura una copa de tintillo.

Con las escenas de esta noche me he cerciorado que el trabajo puede aumentarse según la voluntad del individuo.



PEQUEÑAS FILOSOFÍAS

Esta tarde, después de dormitar unos cuantos minutos, hemos tomado el quitasól, el sombrero de paja y hemos abandonado nuestra casa pueblerina.

Nosotros hemos encaminado nuestros pasos hacia el campo por el cual sentimos intenso amor.

Caminamos lentamente; á los pocos pasos encontramos un carro de tostada mies, el cual guiaban dos fornidos y tefrómelos mozos que alegremente caminan hacia la próxima era.

¿No teneis vosotros gran simpatía por esos gañanes?

Según caminamos hacia la era presenciábamos una escena terrorífica, brutal, ineducada.

Un municipal de recia musculatura,

poca frente y ojos azules, ha cojido con un lazo á un filósofo can, de orejas blancas, patas negras y larga cola.

Nosotros protestamos de tal acto; nosotros hemos mirado atentamente al can, á ver si podia conseguir su libertad, nosotros estamos nerviosos al ver que sus esfuerzos son inútiles.

Nosotros cansados de mirar hemos empezado á andar echando primero el pié izquierdo para no pisar una rama y nos hemos encaminado á la era.

Nosotros al llegar á la era vemos á cuatro labriegos sentados sobre los trillos llenos de felicidad y alegría.

Nosotros regresamos hacia el pueblo, al llegar á los portales nos pregunta un antiguo amigo.

—¿Quién hay en el paseo?

—Nosotros le contestamos, nadie.

—¿Nadie?

—Nadie.

—Nuestro amigo nos dice adiós.

—Adiós.

Damos unos cuantos pasos, y nuestro estómago siente debilidad.

Nosotros penetramos en un café.

En una mesa juegan cuatro sobranceros al dominó; en otra mesa de la izquierda hay un tartufo mirando con el rabillo del ojo izquierdo á los que entran.

Nosotros damos dos palmadas; para llamar la atención del simpático camarero de ojos negros y nueva tuina.

—¿Que va á ser, caballero?

—Dos huevos, pan y vino.

—¿Dos huevos, pan y vino?

—Dos huevos, pan y vino, aquellos fritos.

—Enseguida, señor.

Nosotros esperamos un cuarto de hora, al cabo del cual viene el camarero con los huevos, pan y vino y les coloca sobre la mesa.

Nosotros le miramos y después empezamos á comer; apenas hemos empezado á saborear el rico manjar, entra en el café un señor alto, gordo y feo.

Nosotros nos preguntamos ¿quién será ese caballero alto, gordo y feo que se sienta en una mesa?

¿Será tal vez Don Segundo? ¿Será Don José? ¿Será Don Bonifacio? ¿Será Don Baldomero?

Nosotros hemos terminado de merendar en el artístico y pequeño café.

Nosotros con la mano derecha hemos llamado al simpático camarero para pagarle la cuenta.

Salimos á la calle y nos limpiamos el polvo que llevamos en los pantalones.

Nosotros caminamos ligeramente hacia casa para saborear los periódicos del día.

Nosotros leemos un artículo de un moderno escritor.

Nosotros no podemos seguir leyendo el artículo.

Nosotros nos aburrimos soberanamente.

Nosotros nos quitamos el sombrero y tornamos á leer.

Nosotros tiramos el periódico y decimos que el estilo de Apicrín nos resulta muy latoso.

Nosotros no encontramos en su escrito nada útil.

Nosotros pensamos largo rato y nos con-

vencemos de las bellezas que tienen los escritos del pequeño filósofo.

Nosotros no nos lamentamos de esto.

Nosotros desde hoy no volveremos á leer á Apicrín.



EL OBRERO

No voy á decirte nada, caro lector, pero creo un deber de conciencia tratar en mi primera producci3n literaria de ese desgraciado ser llamado obrero.

Le vemos siempre levantarse á las tres de la mañana á arreglar un pequeño mont3n de maleza que han recojido sus pequeños.

Le vemos con gran entusiasmo ponerse al trabajo á las cinco de la mañana, trabajo rudo, penoso, que dura hasta el toque de oraci3n.

Siempre les vemos á estos desgraciados seres, de rostro demacrado, ojos sin expresi3n, y de cuerpo deformado.

¡Y asi tiene que ser!

Como fruto de su constante trabajo reciben un mezquino jornal de cinco reales.

¿Qué pueden hacer estos pobres obreros con tan ruin jornal? Entretener el hambre de sus pequeñuelos; ellos tienen que valerse de otros mil medios que acortan su existencia, para poder llevar un poco de pan á su boca, para poder destruir los efectos de tan incansable trabajo.

En su imaginación siempre existe cierta prevención al propietario, efecto de que su inteligencia ya comprende el abismo que separa á las dos clases, ellos observan sus actos que la mayor parte no están conformes con la caridad al prógimo.

Yo, les he visto trabajar á esos infelices, con gran interés. ¡Necesitan una voluntad de acero para estar todo el santo dia derramando copioso sudor para recoger un fruto insignificante!

Asi que no es estraño que tengan gran ilusión por el domingo, unos para descansar, otros para gastar dos reales en rico *tintillo*.

Estos últimos, con los vapores del *tintillo*, se olvidan de su constante amargura; su continua desgracia se hace más llevadera olvidándose de si mismos.

¿Tienen ellos la culpa?

No, la teneis vosotros los patronos que no os preocupa la educación moral é intelectual del pobre obrero, tened verdadera piedad y interesaos como de cosa propia.

Darle mas jornal retribuyendo íntegramente su rudo trabajo, darle lo suyo, lo indispensable, para que no vean la continúa desgracia en su domicilio y puedan dar el pan necesario á sus pequeñuelos.

• ¿Volverán á la taberna? No lo creais, con buenos consejos y retribuyendo su trabajo se modificará el obrero, sus costumbres serán otras, su inteligencia verá mas claro, sus instintos se habrán educado.

¿No comprendeis que ahora no puede pensar en nada útil; no comprendeis que este ser tiene derecho á modificarse?

Entonces si esto es cierto, contribuyamos todos al mejoramiento de esa clase obrera para evitar que cometan esos actos injustos é inmorales alguna vez, y no dudeis que habreis practicado la obra más útil de vuestra existencia.

EN MARCHA

El tren rueda, arrastrado á impulsos de vertiginosa velocidad, quedando á su paso valles, montañas y rios, al lado derecho el pueblo de la «Teja».

En su pequeña estación, tres mujeres con gran pesar miraban estáticas la partida de la mole férrea; por sus grandes ojos se ceslizan gruesas lágrimas; lloraban la partida del estudiante.

Pedro, joven de diez y siete años, iba por primera vez á Madrid á cursar derecho, en su cerebro infantil reina completa alegría; él iba á poner en práctica sus sueños dorados.

Desde la ventanilla del vagón admira sus praderas, riscos y valles, desde donde sus vaqueros, pastores y gañanes, despedíanle con sombrero en mano.

El joven estudiante, dejose caer sobre el asiento, en su cerebro la idea de ver y disfrutar de Madrid le hace olvidar á su anciana madre y á sus cándidas hermanas.

Los constantes y sanos consejos de su familia antes de partir el tren, han caído en el mayor de los abismos, el solo tiene la idea de entrar en Madrid alegre y calavera, para hacerse lugar entre sus condiscípulos.

En su imaginación se retratan mil maneras para poder derrochar unos cuantos quevedos, que su tia le ha entregado para que compre obras de consulta sin saber nada su madre.

El tren corre con vertiginosa carrera. Se acerca la noche, para Pedro todo pasa desapercibido, lo único que desea es llegar á Madrid, en cada estación del tránsito pregunta al jefe que minutos llevan de retraso.

Dan las once; es una noche limpia y serena, el horizonte cuajado de estrellas da mas belleza al campo cercano á la estación del Mediodía, el tren entra en agujas, la alegría del joven es indescriptible al poner el pié en la capital española.

Todo ante su vista es bello, alagador, la gente madrileña le deslumbra; al ver su sueño convertido en realidad dedicase á toda clase de placeres, obra como los demas individuos que no tienen quien dirija sus tiernos cerebros.

Mientras él disfruta de los placeres madrileños; en su domicilio puro y limpio por no haber llegado los vapores mundanos, se hace una vida pacífica pero llena de belleza y saturada de bondad.

Todas las noches, al toque de ánimas, sus hermanitas con la típica mantilla sobre su linda cabeza, rezan en el viejo monasterio al Santo Cristo pidiendo que conserve la salud á su querido hermano.

En el corazón de estas angelicales pueblerinas, germina exclusivamente el bien estar de su querido Pedro y su pronto regreso á la «Teja».

En cambio, el en Madrid no se acuerda de sus tiernas hermanas, por el contrario en su corazón habian tomado grandes proporciones las raices del vicio.

Pasó un año; era al caer de la tarde,

apenas el sol habíase ocultado por oriente, óyese el ruido estridente de la masa férrea; Pedro desde el vagón mira á los valles, prados y riscos, en ellos reinaba completo silencio, su corazón se inunda de amargura; el regreso á su terruño es desconsolador, triste, melancólico.

El tren entra en agujas cual reptil en su agujero en la estación de la «Teja,» dos gotas de sudor inundan la frente del joven estudiante, su rostro demacrado y sin expresión son síntomas ineludibles de una vida bohemia.

La inesperada presencia en la casa pueblerina, llena de angustias aquella morada saturada de felicidad; ven únicamente la silueta del joven Pedro, su querida familia que ansiosa esperaba su regreso prorrumpe en grandes sollozos.

Pedro también llora; el dinero dado por un noble corazón pero sin experiencia á llenado de tristeza á una familia, y ha formado un ser lo mas degenerado que podeis imaginaros.

Juventud desenfrenada poner coto á

vuestra loca imaginación y nunca olvideis los sanos consejos de vuestra familia.



Situación difícil

DIÁLOGO REPRESENTABLE

PERSONAJES

JOSÉ MANUEL, estudiante de medicina.

HIPÓLITO, estudiante de derecho.

ACTO ÚNICO

La escena representa el cuarto de una casa de huéspedes. En el centro una mesa con varios libros en desorden. A la izquierda dos camas. A la derecha un balcón y percha con varias prendas de vestir.

ESCENA PRIMERA

HIPO. (*Estudiando*) Pues señor, esto es imposible; este derecho político, le vuelve á uno loco; que de citas de autores y que lectura más latosa. Pero no hay remedio, mis buenas conferencias no voy á echarlas por el suelo con tirarme mañana una *plancha*. ¡Y cómo se alegrarían mis compañeros!... ¿La verdad que no sé por que me tienen tanta prevención? Yo, siempre obro en comunidad; asisto á clase; estudio todo lo posible y creo que voy á la Universidad regular de indumentaria...

ESCENA II.

Cantan un tango entre bastidores, José Manuel entra con la chaqueta rota y el sombrero ladeado.

JOSÉ M. ¡Voy á suicidarme! estoy aburrido, desesperado, á primeros de mes y

sin un cuarto... y con cuatro asignaturas; nada, que me ha salido el primer hueso.

Hipo. Ya está ahí.

José M. ¿Quién? El sastre?

Hipo. No, hombre nó, lo de siempre que tienes cuatro asignaturas y por lo mismo no estudias una palabra.

José M. Pues me has dado el primer susto *so* mándria; con tanto estudiar y leer no puedes emplear otra frasecita que no indique la presencia de esos *moscas*. (*Pausa*) ¿Han venido á preguntar por mi, Hipólito?

Hipo. Creo que nó, pero de mi no te fies por que he estado ensimismado con el político; y á propósito, escucha verás que punto más ameno.

José M. ¡Hipólito! ¡Hipólito! Déjame de amenidades de políticos y políticas, bueno está mi oído para recibir las notas sonoras de sandeces y majaderías.

Hipo. ¡José Manuel que profanas la ciencia!

JOSÉ M. (*En tono de risa*) Perdón hermano no me habia enterado.

HIPÓ. ¿Pero hoy tampoco se estudia?

JOSÉ M. Sí, hombre si, ahora mismo.

(*Aparte*) Estos estudiantes á la moderna aburren á uno; y la verdad que este es bruto, se lleva todo el santo dia y no sale del político y de buscar tres frases modernistas. (*Riéndose*) Ayer cuando nos soltó que las alubias eran *parisinas*; oirlo la patrona y saltar como una gata cuando la pisan, todo fué uno; más no divaguemos; convenimos que ese es un bruto; pues no hace falta estudiar para definir el derecho político. Y sinó, escuchen ustedes. Derecho político; es la parte del derecho más sin verguenza que se conoce y tiene por objeto vivir á cuenta de los demás derechos. Al principio alaga y promete, después es...

HIPÓ. Es insoportable continuar esta materia, que monotonía y que de citas.

JOSÉ M. ¡Brabo Hipólito! Por una de esas

raras casualidades, hemos coincidido en ideas. En política todo es insoponible hasta el olor; y de sus citas no hagas caso, el diputado de mi pueblo me ha citado á mi treinta veces al café y nunca le he visto ni por asomos.

Hipo. ¿Otra vez empiezas á barbarizar?

José M. Sabes que esos libritos y modernismos os hacen insoponibles.

Hipo. Ponte á estudiar y no me marees.

José M. (*Leyendo en alta voz*) «La medicina del verbo *medire*» ¿Que será esto de medire? ¡Ah ya! Tiene por objeto medir la cantidad de enfermedad del paciente. Esto es deducir las cosas unas de otras. «En la medicina, desde el último siglo, el progreso ha iniciado...» Oye Hipólito ¿Qué es progreso?

Hipo. ¡Pero José Manuel! No has oido hablar del progreso indefinido; que todo cambia, que todo evoluciona, que...

José M. Para, para el automóvil que te

estrellas, eso es una barbaridad, tu estás profanando á la ciencia. Qué progreso, ni qué narices; mi bolsillo hace que se encuentra sin blanca veinte dias; mi baul está desierto hace un mes; y las papeletas verdes están en un rincón exhalando el postrer suspiro. ¿Cuándo cambian? ¿Cuándo evolucionan?

Hipo. Contigo es imposible hablar, todo lo tomas á chirigota y á título de inventario.

José M. (*Irritado*) ¿Quieres que lo tome en serio, para que me levante la masa? ¿Quieres que haga inventario en un baul, donde no existen más que dos pares de calcetines y siete papeletas de empeño que hacen un total de 92 pesetas? Lo que yo inventaría de buena gana, sería un medio para salir, de este apuro.

Hipo. Mientras vayas por ese camino nunca serás nada.

José M. Y tu por otro mejor, siempre serás el tío nadie.

HIPÓ. Eres insoportable.

JOSÉ M. Eres un estúpido.

HIPÓ. Eres un descortés.

JOSÉ M. Eres el tío cabeza rota con esta silla
si no te marchas de aquí.

Váse Hipólito de mal humor.

ESCENA III.

José Manuel, paseándose desesperado.

JOSÉ M. ¡Esto es insoportable, 92 pesetas de
empeño; sin pagar á la patrona y sin
ropa que ponerme! (*Pausa*) ¡Ah! Ya
está aquí. No sé para que quiere uno
el ingenio; mi tía la de Villalimón
es muy buena, la escribo, la pinto
mi situación y se salvó el país. (*Muy
alegre*) Manos á la masa. (*Escribe*)

«Querida tía: Hay momentos en
la vida que el hombre pierde todo lo
que lleva encima; esta tarde sin sa-
ber como ni cuando he perdido la
chaqueta y por consiguiente la car-
tera que contenía 125 pesetas.» Aquí
un poco de agua para que crea que
es una lágrima. «Estoy sufriendo de
una manera horrorosa, he pensado
suicidarme, pero antes cuento con tu

buen corazón. Contesta telegrama si me espero ó no á suicidarme, tu sobrino, Jose Manuel.» Admirablemente, lee la carta y acto seguido un telegrama concebido en estos términos: «Suicidio no, mando dinero, no mates disgustos. Tu tia Pancha.» ¿Eh que tal? La verdad es, que si uno estuviera estudiando todo el dia como Hipólito no tendria tanta agudeza de ingenio. Imposible.

ESCENA IV.

Entra Hipólito.

HIPÓ. Estás mas tranquilo bohémico bulbardero?

JOSÉ M. Tranquilo si, pero bohemico y bulbardero no; y no te rompo las narices por esos piropos, por que soy feliz, y ahora mismo voy á estudiar.

HIPÓ. Que transformación tan completa chico y tan decidida.

JOSÉ M. Sencillamente, es para que no trabaje el ingenio, y se me ocurra escribir otra carta y me rompan el esternón, como á ti te va á ocurrir por esas pedanterias que dices.

Se sientan á estudiar, José Manuel lee en voz alta.

José M. «La medicina, del verbo *medire*, curar, aliviar, es á la vez una ciencia y arte que tiene por objeto curar y aliviar las enfermedades.» ¿Habré leído bien? Cuidado que antes he deducido burradas. La culpa la tienen estos latinos que se parecen á Hipólito. «La medicina...»

Hipo. ¿Quieres dejarme estudiar?

José M. Si hombre, si; leia alto para que se enterase la tuina y lo recuerde nada más leerlo, por que ni *pa* Rita sale de casa... No la quiere ningún prendero.

Hipo. ¿Otra vez con chirigotas?

José M. El estudio largo y penoso tiene que ser alegre y ameno.

Hipo. Ameno intercalándole con física, lógica y literatura.

José M. O con jamón, obras de Zúñiga ó ternera.

Hipo. ¿Estudias ó me marchó?

José M. Voy á darte gusto.

Hipo. Si estudias esta tarde cuatro horas seguidas, te presto cinco pesetas.

JOSÉ M. ¡Cuatro horas! Treinta y seis si es preciso. (*Echa cuentas*). Cinco pesetas, una para café, cinco reales para Romea, dos en chocolate y dos para oír á última hora cantar á la bella Pirri. (*Pausa*) Suman un total de veinticinco reales; mira que con cinco reales más, esta noche remedaría á un tipo de la gran *mondaine*, como dice Crispín. Yo se lo digo: ¡Oye, Hipólito! ¿Te daría lo mismo prestarme veinticinco reales y estudio todo lo que quieras?

HIPÓ. Aceptado; pero con la condición...

JOSÉ M. Basta; de que te los devuelva.

HIPÓ. Eres muy malicioso, con la condición de que estudies. (*Mutis*) Se me olvidaba decir, que cuidado con las del tercero, que no se repita la escena de ayer con Petrita; ya sabes que es una rubia que me ha robado el corazón. (*Váse*)

ESCENA V.

José Manuel, pensativo.

JOSÉ M. Descuida, hombre, descuida. ¿Qué

mosca le habrá picado para estar tan espléndido? No perdamos tiempo y á trabajar. Empecemos. «La medicina está...» Más que veo, la rubia en el balcón; perdóname un momento carísima ciencia. (*Cierra el libro y se asoma al balcón.*) Buenas tardes, vecinita; está usted hermosa; es usted la mujer más *barbi* que he visto; por usted sería yo capaz de estudiar derecho político, ser municipal... todo excepto ama de cría. Eh? nó; ya marchó á distraerse un poquito. (*Riéndose y mirando al público.*) No he visto un angel tan gracioso como el de esa mujer; en realidad es un lila el Hipolitito. (*Al balcón.*) Eh? No; nos queremos entrañablemente. (*Una carcajada.*) No es tuer-to, es un monóculo; es lo modernista. No entiendo. ¡Ah!.. Ya, será alguno de la real familia patronil. ¿Que viene con Hipólito? Entonces será de su familia. Esta... ya tan pronto? Adiós. (*Vuelve á sentarse.*)

Otra vez á estudiar; para ganarse el ruin préstamo. ¿Me habrá visto con el monóculo, desde la calle? ¿Habré perdido parte del préstamo por esa Petrita de mis en..?

ESCENA VI.

Entra Hipólito, elegantemente vestido, con un monóculo y muy apurado.

Hipo. ¡Vaya un enredo! ¿Pero que carta has escrito á tu tia Pancha? Que viene con intención de llevarte al pueblo?

José M. ¡Mi tia Pancha!

Hipo. Una tia con toda la barba; que la casualidad ha hecho, que me topara con ella en esta calle, y me preguntára por tí.

José M. ¿Y qué la has dicho?

Hipo. Que no te conocia; pero que vivias aquí en el principal.

José M. ¿Y esta...

UNA VOZ. Si está el señorito Manuel; pase, pase á la sala. ¿Señorito Manuel?

José M. (*Paseándose y sin saber lo que dice*) Rediez, quereis dejarme estudiar?

UNA VOZ. Tiene usted una visita de doña Pancha.

HIPÓ. Anda, hombre, sal á recibirla. (*Riéndose.*)

JOSÉ M. ¿Te ha dicho algo?

HIPÓ. Decir nó... pero creo que te hará nuevo.

JOSÉ M. ¿Pero aun te ries?

HIPÓ. Claro hombre, si eso no es una tia, ese es un gato montés.

JOSÉ M. Sal y la dices que estoy en clase.

HIPÓ. Qué gracioso; para que me tome por su sobrinito Manuel. Pues viene buena, trae una carta en la mano y me ha dicho que la vas á deglutir.

UNA VOZ. Señorito Manuel. ¿Que si sale usted?

LOS DOS. ¡Aaah!

JOSÉ M. Hasta la lengua se me trava. ¿Qué hago ahora, Hipólito?

HIPÓ. Consulta tu ingenio, á mí no se me ocurre nada, más, que tirarme por el balcón si entra aquí doña Pancha.

JOSÉ M. ¡Mal compañero! ¿Aun te pitorreas?

HIPÓ. Para pitorreos está el tiempo con una leona en este domicilio.

JOSÉ M. ¡Aquí fué Troya! ¡Qué difícil situación! ¡Esto va á ser horrible!
¿Ahora sin revolver como me pego el tiro si me niega las 125 del ála?
¿Como la pinto mi situación?

Al público.

Mí ingenio se aguzará
Si es que al caer el telón
Bates las palmas que anhele
En señal de aprobación.

TELÓN.

Vicente Marín Garrido. (1)

Al poner la pluma sobre esta blanquísima cuartilla, estoy dependiendo de una gratísima impresión; en mi interior siento una fuerza extraña, que me dice: ¡Veloz, más veloz!

Mi imaginación henchida de ideas, necesita una mano más experta, un decir más pronto para poder retratar sobre el papel la profunda emoción que ha causado en mí ser «El Mentidero.»

Es la primera producción literaria del joven Marín; en la cual revela el novel autor vastísimos conocimientos; su estilo es puramente nuevo y bien sentido.

Es un librito que no llevando el sello de Marín, yo se le hubiera atribuido á un escritor de primera fila.

(1) Con motivo de la publicación del «Mentidero.»

Tiene «El Mentidero» plumazos de verdadero artista.

Estudios concienzudos de Azorín, Benavente, Borrás y Marquina.

¡Pero no es solo esto, caro lector! Hay en su hermosa producción un «Maestro» y un «Otoñal» que son dos joyas literarias; dos artículos que le pondrán á Marín á evento de todos los críticos; dos artículos que le hacen sin querer al autor, una autoridad literaria.

Sí; no lo dudeis, Marín Garrido en su primera producción derrama poesía en todos sus escritos; desde el primer artículo hasta el final, su decir te atrae, te sugestiona. ¿Y cómo no? Si hay en ellos verdadera originalidad.

Finalmente la obra de Marín, no es de un novel autor; muy al contrario, nos demuestra ser un escritor profundo, sentimental y castizo.

Es una obra por la cual Marín ocupará pronto un lugar de distinción entre la juventud literaria; es una obra que hace admirar al autor entre sus contemporáneos; es

una obra que dá á Marín infinidad de honores y gloria.

Siendo esto la pura verdad, saludemos al joven Marín como una esperanza no solo de Rioseco; sinó de toda Castilla.



ÍNDICE

	Páginas.
Prólogo.	
La escarda.	5
Madre é hija.	9
El tío Colás.	12
Mi ilusión.	18
La arada.	21
Carnaval.	25
Huérfano.	27
De paseo.	33
Primavera..	37
Mi vecino.	39
En el prado.	42
Un rato feliz.	46
A orillas del río.	50
Pequeñas filosofías.	54
El obrero.	59
En marcha.	62
Situación difícil.	67
Vicente Marín Garrido.	82

FÉ DE ERRATAS

<i>Página</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice</i>	<i>Léase</i>
12	11	validos	balidos
12	16	dialogaba	dialogar
13	21	tascarada	tarascada
18	9	espirutu	espíritu
23	5	refiesiones	reflexiones
23	15	apletoriza	apesadumbra
26	2	antehigiénico	antihigiénico
37	13	enchidos	henchidos
38	24	r-formaros	reformaos
45	3	admósfera	atmósfera
46	15	lamántase	laméntase
47	22	alurios,	lurios
64	1	alagador	halagador
71	21	alaga	halaga
71	25	¡Brabo!	¡Bravo!

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EN PREPARACIÓN

EL SOCIALISMO, (estudios)
EL ZAGAL DEL SEQUILLO

EN PRENSA

HOJAS SECAS, (novela original)
TODO AMOR, (comedia en 3 actos.)
EL PARAGUAS DE AZORÍN Ó PARACAI-
DAS PARA JÓVENES ESCRITORES,
(sainete bufo) en colaboración con
Don Bonifacio González Rubio.

SL F-134

29911



10000142717





